

Domingo VI de Pascua Ciclo B



5 de mayo de 2024

Hech 10,25-26.34-35.44-48

Sal 97

1Jn 4,7-10

Jn 15, 9-17

P. Eduardo Suanzes, msps

En la Primera Lectura¹, si hemos de juzgar por el espacio ocupado en el libro de los Hechos del Apóstoles, este episodio, que solemos llamar la conversión de Cornelio, es uno de los más importantes del libro. Pero mejor habría que llamarlo «la conversión de Pedro»; porque Cornelio no resiste, está abierto a los judíos; Pedro está cerrado a los paganos y resiste. Aquí Pedro, inspirado por Dios, toma una decisión trascendental que luego el Concilio de Jerusalén ratificará y ensanchará. Se trata nada menos que de la apertura de la Iglesia de Cristo a los paganos: cosa para nosotros obvia, pero no fácil de comprender en los comienzos, a pesar de todos los esfuerzos de Jesús.

Cornelio, inspirado por una visión, ha mandado llamar a Pedro. Paralelamente, Pedro, inspirado al mismo tiempo por otra visión, es avisado que deberá ir Cesarea donde Cornelio. El relato nos pinta cómo Pedro es recibido por aquél con una solemnidad aparatosa y Pedro le responde situando a ambos al mismo nivel. Pedro se da cuenta entonces de que Dios no es parcial e instruye a los presentes con el *kerigma* (que el evangelio de hoy ha omitido). Por la palabra de Pedro, el Espíritu desciende y se derrama sobre Cornelio y sus invitados, provocando los fenómenos extraordinarios que solían ser sus signos. El bautismo es el signo de la dedicación al nombre de Jesús y de la incorporación del grupo a la comunidad: Cornelio con su casa, sus parientes y amigos. Más tarde esta acción, alarmará a un grupo influyente de la comunidad de Jerusalén desatándose la polémica.

En el Evangelio estamos en el contexto de la Última Cena de Jesús, en el momento en que Jesús acaba de utilizar la parábola de la vid y los sarmientos para explicar qué clase de unión tiene él con los suyos.

Aquí comienza exhortando² a sus discípulos a responder a su amor para participar de su alegría: les está diciendo que la fidelidad es la condición para la alegría. Luego, explica su mandamiento en términos de amistad, y les expone la finalidad de su elección, el por qué les ha elegido.

El Padre mostró su amor a Jesús con la comunicación del Espíritu: recuerden el episodio del bautismo de Jesús en que descendiendo el Espíritu Santo sobre él se oye la voz: «*este es mi*

¹ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Nuevo Testamento. Edición de Estudio. Vol.III.* Ed. Verbo Divino. Estella (Navarra), 1997

² Cfr. JUAN MATEOS Y JUAN BARRETO, *El Evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegético.* Ed. Cristiandad. Madrid, 1982

hijo amado en quien me complazco». Jesús, ahora, demuestra su amor a los discípulos de la misma manera, comunicándoles la fuerza de su amor, el Espíritu que está en él. La unión a Jesús que es la vida se expresa ahora en términos de amor. «*Permanezcan en mi amor*», les dice; es decir les pide que vivan en ese ámbito de amor **en el que él vive**. Porque, no les está diciendo que permanezcan en el amor que ellos le tienen a Jesús, sino que permanezcan en el amor de Jesús, que es muy distinto. La comunidad se convierte en el lugar delimitado por el amor de Jesús, donde son visibles sus efectos; ese amor es su atmósfera y su experiencia.

Jesús insiste en la necesidad de la praxis como criterio de unión con él: y la práctica es cumplir sus mandamientos. No existe amor a Jesús, ni vida bajo su influjo, si no desemboca en el compromiso con los otros. La voluntad del Padre y la de Jesús es una: ahí se demuestra su amor; **de la misma forma debe ser la voluntad del discípulo con la de Jesús: una**. Y solamente la entrega a los demás puede dar certeza de ser objeto del amor de Dios. Este es el criterio que discierne la autenticidad de la experiencia interior, porque sin ese amor no existe vinculación con Jesús ni, por tanto, experiencia del Padre, que se manifiesta en él. Si no existe el amor no queda más que un vacío, la ausencia de Dios; Dios podrá ser imaginado, pero no experimentado, pues el que no ama no puede relacionarse con el Padre. Ese vacío se llena de dioses falsos, que toman el puesto del Padre, único Dios verdadero.

Y Jesús comparte con ellos también su propia alegría, la que procede del fruto de su muerte y de su experiencia del Padre, para llevar a su colmo la de los discípulos.

Por último, Jesús lo resume todo en un mandamiento: en el del amor. Es el vínculo que Juan en la Segunda Lectura nos vuelve a recordar. Es el mandamiento que constituye la comunidad de Jesús y le da su identidad y es, al mismo tiempo, el fundamento de la misión. Jesús lo enuncia ahora en relación con el fruto. **Comunidad y misión no son dos cosas distintas ni separables: donde no existe la comunidad de amor mutuo, no puede existir la misión de Jesús**. «*Quien no ama no conoce a Dios*». Como Jesús, en su actividad, manifiesta la presencia del Padre entre los hombres, así ha de hacerlo la comunidad; pero Dios sólo se hace presente y activo donde existe un amor **como el de Jesús**, expresado por su mandamiento. Tampoco podemos proclamar el mensaje del amor si no lo hacemos apoyados en su experiencia, ni es posible ofrecer la alternativa al mundo injusto sin crear la nueva comunidad.